

Una visita a la casa de Griñón

Antonio López García-Nieto, SC

He visto a Dios y a sus Ángeles

Ayer entré en una casa sencilla, en una calle que lleva el nombre de un profeta de la caridad: **la calle del Padre Andrés Coindre**. No entré como quien visita un edificio, sino como quien cruza un umbral sagrado. No había incienso ni cantos litúrgicos, pero el suelo ardía como la zarza de Moisés, porque allí **Dios estaba pasando**.

La casa de acogida de Griñón no tenía tronos ni vitrales, pero al abrirse la puerta se abrió también el Evangelio. Y entendí, sin necesidad de palabras, que hay lugares donde el cielo ha decidido bajar discretamente a la tierra.

Dentro vivían **diecinueve personas**, procedentes de muchos países, muchas historias y muchas heridas. Tres familias con sus hijos, seis hombres solos, nueve niños que aún no saben poner nombre a sus propios exilios. Venían de **Perú, Venezuela, Guinea Conakry, Marruecos y España**. Algunos con papeles pendientes, otros con la vida entera aún por ordenar. Todos, sin excepción, con la dignidad intacta de los hijos de Dios.

Los vi uno a uno, y en cada rostro reconocí un reflejo distinto del mismo Misterio.

Vi a **Pamela**, con Andrea, Antony y Aitana, y pensé en María huyendo a Egipto con sus hijos en brazos.

Vi a **Wilmerick y Yeison**, con Isabella, Sofía, Youssef y Yulieth, y escuché el clamor de familias que atraviesan desiertos buscando un lugar donde respirar.

Vi a **Mariam**, con Naby y Moha, y sentí la fuerza silenciosa de las mujeres que sostienen el mundo.

Vi a **Mokhtar, Lhcen, Bouchaib y Aymen**, de Marruecos, y recordé que Abraham también fue extranjero bajo tiendas prestadas.

Vi a **Mamadou**, de Guinea Conakry, y vi la paciencia del justo que camina sin ruido.

Vi a **Alejandro**, nacido aquí pero herido en lo más profundo por una historia rota, y comprendí que también hay exilios interiores, más difíciles aún que los geográficos.

Y entonces resonó con fuerza en mi interior una palabra antigua, siempre nueva:

“Fui forastero y me acogisteis...

cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños,

a mí me lo hicisteis.” (Mt 25, 35-40)

Ayer vi a Dios.

No como idea, no como concepto, no como discurso.

Lo vi **encarnado**, vulnerable, esperando.

Lo vi con nombres propios, con acentos distintos, con manos abiertas y con historias en proceso.

Lo vi con lágrimas y sonrisas, porque de todo hubo ayer.

Pero no vi solo a Dios.

Vi también a sus Ángeles.

No tenían alas ni aureolas. Vestían ropa de trabajo, llevaban carpetas, teléfonos, llaves, herramientas. Sus nombres eran conocidos y pronunciables.

Allí estaba **Patricia Cerezo**, presencia constante, como un ángel del día a día: organizando, acompañando, sosteniendo, resolviendo conflictos pequeños y grandes. No hace milagros espectaculares, pero mantiene el milagro cotidiano de que la casa funcione, de que la vida no se rompa.

Y estaban los **miembros de las Comunidades Laicas Corazonistas**, turnándose, organizándose, acompañando procesos largos y complejos. Algunos como tutores personales; otros ayudando a rellenar formularios imposibles; otros buscando profesores de español, trabajos dignos, soluciones materiales; otros acompañando ante oficinas y autoridades. Todos sosteniendo sin invadir, ayudando sin sustituir, guiando sin anular.

La casa estaba admirablemente organizada. No como una institución fría, sino como una pedagogía del corazón. Todo estaba pensado para **ayudar sin crear dependencia**, para acompañar sin quitar responsabilidad, para sostener mientras se aprende a caminar solo. La regla era clara y profundamente evangélica: *ayudar en lo necesario, pero no reemplazar la libertad ni la responsabilidad del otro.*

Era una escuela de autonomía, de dignidad, de esperanza.

Ayer vi a los Ángeles de Dios en acción.

Vi las manos de Dios trabajando pacientemente la historia humana.

Llegué acompañado de **José Ignacio García y Paloma García**, con sus dos hijas pequeñas, y también estaba **Fernando Foncillas**, que había pasado el día entero arreglando la calefacción. Y comprendí que el Reino de Dios se construye también con llaves inglesas, tornillos y horas silenciosas de servicio.

Nada más llegar, participé en una reunión difícil. Uno de los jóvenes había vivido una situación grave, había sido apartado durante tres días, y regresaba a la casa. El momento era delicado. El riesgo era grande. Y, sin embargo, lo que sucedió fue **pura parábola**.

José Ignacio y Paloma acogieron a aquel joven con una mezcla perfecta de verdad y misericordia. Le pusieron límites claros, sí. Le recordaron las normas, sí. Pero lo hicieron con un amor tan limpio, tan firme y tan humano, que parecía que **otra Voz hablaba por ellos**. Yo no sabía si escuchaba a Jesús o al Padre Coindre, pero supe que escuchaba al Evangelio vivo.

El joven fue acogido no como problema, sino como persona. No como caso, sino como hermano. Y vi en sus ojos algo que pocas veces se ve: **la certeza de ser amado aun cuando se ha fallado**. Era la oveja reencontrada. Era el hijo pródigo abrazado antes incluso de terminar su discurso.

Y entonces lo comprendí todo.
Lo que estaba viendo no era solo una obra social.

Era una **continuación histórica de un carisma.**

Era el **Pío Socorro de hoy.**

En 1818, en Lyon, el **Padre Andrés Coindre** abrió las puertas de la Providencia del Pío Socorro para acoger a jóvenes exproisioneros, huérfanos, abandonados, destinados a la delincuencia. No los salvó con discursos, sino con presencia, educación, amor y exigencia. Les devolvió un futuro.

Ayer, en Griñón, **vi lo mismo**, dos siglos después.

El mismo Espíritu.

El mismo Evangelio.

El mismo Dios que sigue bajando a las periferias.

El mismo carisma.

Por eso puedo decirlo sin miedo, con temblor y gratitud:

He visto a Dios y a sus Ángeles.

Y estaban viviendo juntos,
bajo un mismo techo,
en una casa humilde,
en una calle con nombre profético.

